

ARTÍCULOS

Sabios y sabiduría en Heródoto

ARTURO E. RAMÍREZ T.

I

Sabiduría es un vocablo obsoleto para nuestro tiempo. No se entiende su noción, ni parece que sea algo necesario para los hodiernos acontecimientos. Hace medio siglo todavía se oía nombrar al sabio químico, médico o astrónomo que con su ciencia y conocimiento revolucionaba el conocimiento de las cosas y el curso de los hechos. De los más significativos descubrimientos han surgido contiendas que inevitablemente degeneraron en guerras que han marcado el desarrollo de la historia moderna. Pero la sabiduría ha sido suplantada por la ciencia y la tecnología. Los científicos y técnicos manipulan ahora a la humanidad y a sus hechos, como a cualquier otro elemento del cosmos, con la estadística del cálculo y de la economía monetaria, de la producción y del progreso, sin parar mientes en valores humanos. Apenas se perciben destellos de sabia opinión que haga del hombre el centro y la razón de la historia, tales como una organización para la unión de los pueblos, o una carta de derechos humanos, ya reconocidos a fines del siglo dieciocho por la Revolución francesa en su "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" especialmente en cuanto a las múltiples facetas de la libertad. Ahora, falta el sabio que dé la opinión certera acerca de los quehaceres humanos, esencia de la historia. Hoy la sabiduría es un mito en los asuntos humanos y se ha roto en dos pedazos que son la ciencia y la tecnología. Sin saber a ciencia cierta si en verdad son partes de la sabiduría. Por todo esto resulta anacrónico e incomprensible hablar de la sabiduría griega, y porque nuestro código informático prácticamente desconoce el término. Sin embargo, recordar

la sabiduría antigua a través de las *Historias* de Heródoto es una contribución, aunque mínima, al pensamiento actual, que, como el de entonces, se plantea cuestiones inquietantes, aunque quede inadvertido y sea menospreciado.

II

Heráclito, el filósofo efesino de la escuela jónica, a fines del siglo vi a.C., decía que “una sola cosa era la sabiduría: conocer la razón (*γνώμην*) que gobierna todo a través de todo” (Diels, 22 B 41). Esta opinión era resultado de serias consideraciones acerca de la realidad del hombre en el cosmos, donde la experiencia comprueba lo mudable de las cosas y el ansia de perennidad en el ánimo de los hombres. Esas inquietantes cuestiones de los siglos sexto y quinto antes de Cristo bullen también en las investigaciones históricas de Heródoto, quien pretende atrapar lo perenne en el irrefrenable curso de la historia: “es ésta una exposición de la investigación de Heródoto de Halicarnaso, a fin de que ni lo realizado por los hombres se desvanezca con el tiempo...” (I, proem.). Entre los griegos no se había precisado el enunciado de conceptos, pero se tenía la conciencia de que la sabiduría hallaba el sentido del hombre, del cosmos y del hombre en el cosmos. Aunque el lenguaje de ese tiempo era demasiado plástico y figurativo, ya encerraba profundas reflexiones y conceptos del pensamiento humano. La diosa Atenea era una de las más grandes expresiones de la sabiduría: nacida de la cabeza del máximo dios griego, Zeus, fue personificación de la sabiduría (*σοφία*), y, con su guerrera investidura, protectora de los *sabios* que por ella habrían de triunfar en trascendentales combates; su ideal y emblema fue la victoria (*νίκη*), sólo entendida como resultado de la guerra. En esta mitológica filosofía intentó Homero entender la historia, cuando en la diosa buscaba e invocaba la razón del designio de Zeus, que se cumplía en la terrible guerra de griegos y troyanos. “La *Iliada*”, escribe Ruiz Bueno, “es el poema de la totalidad de la vida humana, si bien a primera faz se nos parezca como un poema de guerra. Pero en el trasfondo de la guerra está la paz... No nos

da una crónica de guerra, sino una grandiosa imagen de todo el afán, quehacer y destino humano”.¹

III

Con un planteamiento semejante al de Homero, Heródoto investiga la razón de la historia hecha en terribles combates de guerra: “por qué causa guerrearon unos contra otros” (I, proem.) E indagó, no el pretexto de la guerra, sino la profunda causa que hacía del enfrentamiento un acontecimiento histórico. Sin embargo, enorme ventaja tenía ya el historiador sobre el poeta, porque la filosofía, casi cinco siglos después, no era una arcana conciencia religiosa, sino pensamiento vaciado en las acendradas expresiones de una sabiduría como la *gnómica* (*γνώμη*). Esta sabiduría o atinada explicación del acontecer humano, no estuvo ausente en las *Historias* y fue plataforma para Heródoto, que de ahí se lanzó al profundo pensamiento histórico. Las razones o sentencias (*γνώμαι*) de los sabios en manera alguna constituyen un sistema filosófico que sirviera de patrón para la formación de otro dentro del estudio de la historia; pero para Heródoto eran bien conocidos tales hombres y sus sentencias.

Aunque suele hablarse de los siete sabios, Heródoto menciona a más de diez de la veintena que se nombra en los diferentes elencos. Los más conocidos aparecen en Platón, *Protágoras*, 343d; Diógenes Laercio, Proemio, I,i,40ss.; Diels, 10. Por diferentes motivos, y no precisamente como sabios, Heródoto nombra a los siguientes:

Tales de Mileto predijo a los jonios un eclipse de sol (I, 74); hizo vadeable el río Halys para el ejército de Creso que cruzaba hacia los persas (I, 75); y opinaba acerca de cómo debían los jonios liberarse de la esclavitud mediante la unificación o federación de pueblos, con capital en Teos (I, 170).

Bías de Priene sagazmente induce a Creso a la suspensión del ataque marítimo contra los jonios de las islas (I, 27); y mostró claridad de conceptos acerca de la esclavitud, de la libertad y de la

¹ Homero, *La Ilíada*, Madrid, Ed. Hernando, 1956, Introducción, p. 55.

felicidad, prometiendo que los jonios serían los más felices de los griegos una vez liberados de la esclavitud y establecidos en la libertad de una nueva ciudad en Cerdeña (I, 170).

A Pítaco de Mitilene algunos le atribuyen el haber disuadido a Creso del ataque marítimo contra los jonios de las islas (I, 27).

“Hasta Sardes, acrecentada en riqueza, llegaron desde Grecia todos los otros sabios que existían en aquel tiempo, cada uno de ellos venía oportunamente y también Solón, varón ateniense” (I, 29).

En esa alusión a los demás, se les considera sabios (*σοφισταί*), aunque en la referencia directa no se les dé tal denominación.

Solón destaca entre los demás y el alcance de su sabiduría va más allá de los confines griegos. Sus viajes fueron de ilustración para él, y de enseñanza para otros. En Egipto fue huésped de Amasis y en Sardes, de Creso. Con éste discutió acerca de la felicidad humana, afirmando que sólo el final de la vida es criterio de la felicidad personal, convencido de la fatal mutabilidad de las cosas y también de la insuficiencia del individuo y de un país para alcanzar por sí solo la felicidad. Así pues,

“dejando a un lado los bienes presentes, exigía ver el final de todos los acontecimientos” (I, 30-33).

Al menos para Heródoto el pensamiento soloniano parece ser importante, porque ve hacia el acontecer total, tanto del individuo como de los pueblos, como decía Creso:

“no hablando más bien para mí que no para toda la humanidad” (I, 86).

También llevó de Egipto a Atenas la ley de manifestación de bienes y ganancias (II, 177). Y Heródoto conocía los poemas de Solón (V, 113). Además de estos cuatro, que aparecen en todos los elencos de los siete sabios, Heródoto menciona a algunos que se hallan en uno o en otro:

Periandro de Corinto conoce el oráculo y está en contacto con el mundo de la divinidad (I, 20-24). Fue muy celoso de la tiranía (III, 48-53), y sanguinario con sus enemigos (V, 92 f g).

Pitágoras fue notable sofista entre los griegos y profesaba la inmortalidad (IV, 95).

En cuanto a sabiduría de los habitantes del Ponto sólo se podía nombrar al pueblo escytha y en éste Anacarsis fue un hombre docto (λόγιος) (IV, 46), que conoció gran parte de la tierra y así obtuvo una gran sabiduría (σοφίην πολλήν) (IV, 76).

Pisístrato, que se apoderó de la tiranía ateniense, al principio respetó las leyes y gobernó honrada y buenamente (I, 59). Perdida la tiranía una y otra vez, por segunda y tercera la reconquistó gracias a su sabio consejo (βουλήν σοφωτάτην) (I, 60-64).

Aristodemo, emparentado con el cadmeo linaje (IV, 147; VI, 52). Lasos de Hermión fue conocedor y defensor del oráculo (VII, 6). Lino, distinguido entre los egipcios (II, 79).

Cuando Heródoto habla acerca del río Nilo que se desbordaba en tiempo en que esto no sucedía con los demás ríos, alude a algunos griegos que, queriendo hacerse más notables, sabiamente (σοφίην) eligieron tres caminos o explicaciones. De entre esos sabios uno era Tales de Mileto, si hemos de creer al testimonio de Diódoro Sículo:

“Pues bien, Tales, llamado uno de los siete sabios, dice que soplando los vientos etesios contrarios a la desembocadura del río, impiden que el curso fluya hasta el mar. . . pero de esta razón, aunque parece ser increíble, fácilmente se arguye la falsedad” (*Diod. Sic.*, I, 38).

Heródoto mismo, paradójicamente, no juzga dignas de ser mencionadas dichas explicaciones, porque no dicen verdad (II, 19-22).

Estas abundantes menciones o alusiones a los sabios y a la sabiduría gnómica, denotan claramente un trasfondo muy importante en la mente del historiador de las guerras médicas; de manera que su explicación histórica de alguna manera está basada en tal sabiduría.

IV

Ese ancestral molde de sabiduría griega, divina y guerrera en Atenea, gnómica en los primeros pensadores, conserva en las *Historias* de Heródoto su cariz religioso, notablemente bélico y hasta tiránico.

Así pues, la sabiduría de Solón, solemnemente proclamada en el

holocausto de Crespo puesto en la hoguera por Ciro, es reconocida como de origen divino, pues que habló al influjo de la divinidad (σὺν θεῷ) (I, 86).

Amasis, primero despreciable y de ninguna consideración, a causa de su origen plebeyo en familia nada ilustre, más tarde, como rey, dominó con sabiduría (σοφίη) a los egipcios y no con desconsideración (ἀγνωμοσύνη) (II, 172). Él era especialmente devoto de la diosa Atenea, a cuyos santuarios en Cirene y en Lindos envió como ofrendas estatuas de la diosa y de sí mismo: (II, 182).

Melampus, beocio profeta de Diónisos e instaurador de las procesiones fálicas y de los sacrificios de cerdos en honor del dios, no comprendió todo el sentido de eso, sino que sabios (σοφισταί) que le sucedieron lo explicaron totalmente; sin embargo, Heródoto afirma que alcanzó el arte adivinatorio porque fue un varón sabio (ἄνδρα σοφόν) (II, 49).

El espartano Liques, por fortuita coincidencia y por sabiduría (συντυχίη καὶ σοφίη) entiende el oráculo y descubre los restos de Orestes, cuando en el lugar donde éste había sido sepultado ve al herrero trabajando en la fragua (I, 68).

De manera que en los personajes de las *Historias* la sabiduría está ligada primordialmente a la religión, en una o en otra forma.

Como en Atenea se conjuntan la personificación de la sabiduría y de la guerra, también en las *Historias* la sabiduría tiene un aspecto bélico, pues por ella se urden artimañas para lograr el triunfo, sin violencia y sin ejército (σοφίη καὶ μὴ βίη τε καὶ ὀμίλῳ).

Así vengó Darío los crímenes cometidos por el persa Oroites, muerto a manos de sus propios soldados (III, 127).

Jerjes desde su punto de vista llama sabios (σοφοί) a los habitantes de Tesalia, porque se cuidaban, sabiendo que Tesalia fácilmente podía ser dominada si era inundada su cañada con sólo desviar de cauce el río Peneo (VII, 130).

Y hasta la tiranía parece ser el medio propicio para la sabiduría: “entre los denominados siete sabios”, dice Jaeger, “que alcanzaron su celebridad al comienzo del siglo VI, hallamos, al lado de legisladores, poetas y otros personajes de este género, tiranos como Periandro y Pittaco. Especialmente significativo es el hecho de

que casi todos los poetas de aquel tiempo desarrollaron su existencia en la corte de los tiranos”.²

Las narraciones de Heródoto confirman esta opinión: ya se ha mencionado a Pisístrato, que *sabiamente* se apoderó de la tiranía ateniense; y eso que el pueblo griego era el menos candoroso y los atenienses “se decían ser los primeros de los griegos por su sabiduría (σοφίην)” (I, 60). También entre los medos hubo un hombre sabio (ἀνὴρ σοφός) que tenía por nombre Deyoces. Este Deyoces, enamorado de la tiranía... y ambicionando el poder, era recto y justo” (I, 96).

No se puede considerar una mentalidad enferma la que compagina conceptos tan disparados para la nuestra. Más bien hay que reconocer cierta flexibilidad en el concepto primigenio de sabiduría, mientras que el nuestro es demasiado puritano y dentro de ciertos cánones morales muy convencionales. La verdadera sabiduría parece estar más en la mentalidad griega que la aplica a los más variados asuntos, pero siempre de trascendencia en el quehacer humano, que en la actitud mental de un conocimiento estático y por ende intrascendente.

V

Las *Historias* de Heródoto presentan un concepto tan flexible de la sabiduría, que es difícil definirla y precisar sus funciones. Si se estudia cada caso en las *Historias*, nos percataremos de que la sabiduría va desde la táctica bélica o política, hasta la acertada disposición del acontecer histórico. Si a veces se entremezclan los diferentes elementos o matices que se han señalado, si otras veces uno solo se percibe en el significado de las expresiones, no es carencia de intelecto, sino complejidad de un concepto, que aún no se había logrado precisar en el lenguaje. Si los siete sabios eran personalidades tan variadas y de diferentes países, Heródoto en sus narraciones apunta hacia esta sabiduría de todos y de todo.

Una ley o costumbre es sabia. A juicio de Heródoto, la más hermosa y la más sabia (κάλλιστος σοφώτατος) costumbre entre los asyrios era ésta: reunidas las doncellas y también los varones nú-

² *Paideia*, México, FCE, 1957, p. 217.

biles, las más hermosas debían ser subastadas y con el ingreso dotaban la subasta de las feas (I, 196). Al parecer, lo sabio de tal costumbre estribaba en la igual protección que se brindaba a todas las doncellas contra cualquier injuria, disfrutando todas de la hermosura, aunque de ella carecieran, y contra la prostitución a la que eran expuestas por la sola necesidad de recursos. Segunda en sabiduría (*δευτερος σοφίη*), también entre los asirios, parece a Heródoto esta costumbre o ley: la exposición de los enfermos en la plaza pública, para que cada uno les aconsejara en cuanto a la enfermedad, según la experiencia habida o vista por ellos; y no estaba permitido pasar en silencio frente al enfermo (I, 197). No da Heródoto indicación alguna para entender el porqué de tal sabiduría en la conducta; quizá por la compasión humanitaria. En ambos casos interesa la persona humana y no mezquinas pretensiones.

Uno de los lidios era considerado sabio y más todavía a partir de esta opinión: que militar contra un pueblo primitivo como el persa, era un riesgo más que una empresa, pues que mucho se perdería en la derrota y que nada se ganaría en la victoria; y el sabio lidio tenía gratitud para con los dioses, que no ponían en la mente de los persas el militar contra los lidios (I, 71).

Volviendo al tirano Deyoces, es obvia la pregunta: ¿por qué era un varón sabio? La narración de Heródoto dice que “éste era recto y justo, porque ambicionaba el poder” (I, 96). Por tanto, la rectitud y la justicia no eran la esencia de la sabiduría de Deyoces; sino que su sabiduría consistió en escoger el ejercicio del justo juicio, que también requiere de sabiduría, para alcanzar la tiranía de la que estaba enamorado. Y si ya antes tenía ascendiente entre los medos de su aldea, que lo escogieron como juez, más tarde, reunidos los de las múltiples aldeas, lo eligieron rey; pues, hablando acerca de los acontecimientos (*περὶ τῶν κατηκόντων*) decidieron que, con Deyoces como rey, el país estaría bien legislado y que ellos podrían dedicarse a los trabajos sin ser perturbados por la ilegalidad (I, 97). De esta manera los medos voluntariamente se imponían la tiranía y Deyoces, hecho rey, exigió y obligó (I, 98). Sin embargo, nunca desistió de la justicia, pues una vez que se fortaleció con la tiranía, era duro guardando la justicia (I, 100). La conclusión de esta disquisición de Heródoto

acerca de Deyoces es ésta: “Ahora bien, Deyoces agrupó al solo pueblo medo y a éste gobernó” (I, 101). De manera que la sabiduría de Deyoces tiene dos momentos bien definidos: el ejercicio de la justicia como medio para alcanzar la tiranía; y la unificación, constitución y legislación del país de los medos, a principios del siglo VIII a.C. Así pues, en la narración de Heródoto se conjuntan diversos elementos para destacar el valor de la sabiduría en el curso de los acontecimientos y, por tanto, de la historia.

Del egipcio Amasis dice Heródoto: “al principio los egipcios lo despreciaban y en ninguna consideración lo tenían, ya que anteriormente era plebeyo y de una familia no ilustre; pero después, Amasis se los atrajo con sabiduría, no con desconsideración (*σοφίη οὐκ ἀγνωμοσύνη*)” (II, 172). La sabiduría de Amasis parece ilustrarse con la anecdótica narración que inmediatamente se sigue: tenía él un lavapiés de oro en que los egipcios vomitaban, orinaban y se lavaban los pies; con él moldeó la estatua de un dios que fue muy venerado. Cuando Amasis reveló a los egipcios la verdad de los hechos, hizo un símil consigo mismo, diciendo que así también él, antes plebeyo, ahora era rey; pedía, por tanto, que se le honrara y que se le cuidara. Y ellos creyeron justo servirle (*δουλεύειν*). La actitud y el lenguaje de Amasis parecen de una sofisticada sabiduría gnómica; pues era frívolo y jocosos, bebedor y chistoso y de ninguna manera un hombre serio, pensando que así es la condición del hombre: “si siempre quisiera ser diligente y no abandonarse mesuradamente a la jocosidad, o habiéndose vuelto loco o habiéndose hecho estúpido, no lo advertiría” (I, 173). Cuando bebía y se divertía, si algo le faltaba, robaba; y a quienes le reclamaban, los llevaba a un oráculo y pedía sentencia sobre si era o no ladrón. A los dioses que con su oráculo lo condenaron como a ladrón, a esos solos consideró verdaderos dioses que procuraban oráculos sin mentira (I, 174). Que su sabiduría se fundaba en la sabiduría gnómica griega puede suponerse también por su helenofilismo (*φιλέλλην γενόμενος*) que concedía a los griegos habitar los lugares egipcios, construir templos, como el Helenion, y altares para Júpiter, Atenea, Hera o Apolo, a los que él mismo enviaba ofrendas (II, 178-182). Dos cosas logra Heródoto en la descripción de la sabiduría de Amasis: darle la apariencia del patrón de la sabiduría gnómica griega y atribuirle entonces la

razón del dominio sobre Egipto. Por tratarse de un rey no se habla de tiranía y tal sabiduría parece más bien benevolencia, por su jocosidad y por su oposición a la desconsideración o dureza. Como quiera que sea, el sabio Amasis trasciende de su aldea hacia todo Egipto y al acontecer histórico de los hombres y de los pueblos, en la visión de la historia conjunta relatada por Heródoto.

En cuanto a Darío, que pretende la sabiduría en vez de la violencia y de los ejércitos para vengarse del sanguinario Oroites, no se puede afirmar que Heródoto lo presente como un sabio, sino como un conocedor de aforismos filosóficos como: “donde se necesita de sabiduría, ninguna obra de violencia haya” (III, 127); aunque resulta difícil identificar la paternidad del dicho. El contexto del palafrenero de Darío, al cual Heródoto llama hombre sabio (*ἀνὴρ σοφός*), tal vez “hombre avisado”, puede servir de punto de referencia para entender cuál es la sabiduría que se descubre en el reinado de Darío. En efecto, ante la crisis del desconcerto creado por Cambises en el reino persa, los tres hombres más importantes deben decidir quién ha de ser rey. Recurren, pues, a un hecho fortuito: “aquel, cuyo caballo, habiendo surgido el sol, relinchara primero en el suburbio, estando ellos montados, ése tendría el reino” (III, 84). Darío recurre a Oibares, su palafrenero: “si alguna sabiduría tienes, urde (*εἴ τινα ἔχεις σοφίην, μηχανῶ*) cómo hemos de obtener nosotros ese privilegio y no otro alguno”. Él asegura tener los hechizos apropiados y Darío le dice: “pues, si tienes una argucia tal (*ἔχεις σόφισμα*), es hora de actuar y no diferir” (III, 85). Oibares, por la noche, hace que el caballo monte a la yegua que más quería y por la mañana hace sentir al caballo la presencia cercana de la yegua, con lo cual el caballo de Darío relinchó el primero. De todo esto, la conclusión de Heródoto no puede ser más elocuente; una vez más la sabiduría, en su sentido muy peculiar, determina el curso de los acontecimientos en la historia: “por tanto, Darío el de Hystaspes había sido aceptado como rey. Y en Asia todos eran súbditos de él, a excepción de los árabes” (III, 88). Si bien la sabiduría no ha llegado a su mejor momento en el desarrollo de la historia y en el reinado de Darío es casi una sagacidad, no es como en la historia de Cambises, que urdía un error, para después protegerse urdiendo otros

cada vez mayores; de lo cual Heródoto dice: “si Cambises se hubiera retractado, sobre el error habido desde el principio, habría sido un hombre sabio (ἀνὴρ σοφός)” (III, 25). En la historia de Darío esa sabia sagacidad era necesaria, no para proteger los propios errores, sino para sortear las vicisitudes que la historia misma presentaría al soberano de los pueblos. Cambises mismo reconoció la carencia de sabiduría en su reinado, cuando ya moribundo decía: “tonto de mí... (ἐγὼ δὲ ὁ μάταιος) obré más precipitada que sabiamente (ἐποίησα ταχύτερα ἢ σοφώτερα)” (III, 65). En efecto, consideró fatalidad el acontecer, pues “que para un hombre era imposible sustraer un hombre al acontecimiento que iba a suceder” (III, 43); y se hizo fratricida e incestuoso, y nada positivo legó a la herencia histórica (III, 65-66); a pesar de la reprensión que con justicia le hizo Creso: “oh rey, no te entregues totalmente a la edad y al enojo, sino contente y sométete tú mismo; pues es bueno ser previsor y la previsión es algo sabio (σοφόν)” (III, 36). Tarde recapacitó Cambises en la sabiduría, como tardío fue en Ciro el cambio de mentalidad causado por la sabiduría proclamada por Creso (I, 86). La antítesis que la historia de Darío establece frente a la de Cambises en el mismo libro tercero de las *Historias*, es una oposición paralela entre dos etapas de la historia, con la negación de la sabiduría en la primera y su afirmación en la segunda como principio de verdadera historia. En ambos casos, sin embargo se llega a la misma conclusión positiva: la sabiduría es para el hombre el recurso de la verdadera historia. La historia de Pisístrato es jocosamente irónica en cuanto a lo sagrado de la sabiduría. Ambicioso de la tiranía, primeramente urdió presentarse como herido por los enemigos y, con la misma guardia de maceros que se le concedió para protección, tomó la acrópolis. Y gobernó a los atenienses sin cambiar magistraturas ni leyes, honrada y buenamente (I, 59). No estando arraigada la tiranía, la perdió y fue exiliado; urdió entonces, junto con Megacles, simular la visita de Atenea que instauraba nuevamente al tirano, y recuperó la tiranía. Pero huyó de la enemistad y finalmente, “llevado por un divino impulso” el inspirado adivino le profetizó y él acogió el oráculo; entonces, gracias a su sabio plan o consejo (βουλήν σοφωτάτην) de enviar por delante a sus hijos para hacer labor de convencimiento, fue aceptado y

por tercera vez alcanzó la tiranía de Atenas, que arraigó con multitud de mercenarios y recaudaciones de dinero (I, 63-64). Aunque casi de paso habla Heródoto del sabio consejo de Pisístrato, es evidente que ese destello de sabiduría, amalgamada con profetismo y oráculo, le dio la tiranía de Atenas y la hegemonía de los acontecimientos históricos. Así, sabiduría, tiranía y religión se hicieron causas de la historia.

Aunque la sabiduría en las *Historias* parece entenderse de igual manera para todos los pueblos, y en valentía y fuerza no eran inferiores los persas a los griegos, inermes, eran ignorantes y en sabiduría (σοφίη) no iguales a sus adversarios (IX, 62). Esta diferencia en sabiduría significaba una profunda diferencia en la realidad histórica, según la declaración que el exiliado rey espartano Demareto hacía entre los persas al rey Jerjes: “la pobreza siempre es connatural a Grecia y el valor agregado, logrado con sabiduría (ἀπὸ τῆς σοφίης) y por una severa ley. Grecia, valiéndose de éste, rechaza la pobreza y también el despotismo” (VII, 102). Así pues, a partir de la sabiduría y de la severidad de la ley, los griegos lograron el valor o virtud (ἀρητιή) con que dominaron al medio natural en que se desenvolvían; pero, sobre todo, con esa virtud que nace de la sabiduría, se sacudieron el despotismo de la tiranía, que habían sufrido por parte de gobernantes como Pisístrato y que los demás pueblos sufrían todavía por parte de sus reyes. Esta diferencia marca evidentemente la de los acontecimientos históricos en que el hombre es esclavo, frente a aquellos en que cada uno realiza íntegra su libertad y es agente de la historia. Paradójicamente, el tirano se vale de la sabiduría y con esta misma el pueblo se sacude su despotismo.

VI

En conclusión, se puede afirmar que la sabiduría en las *Historias* de Heródoto, no obstante sus tintes de tan variada connotación, es necesariamente histórica; es decir, no tiene sentido, sino en torno al obrar humano que determina los acontecimientos de la historia. Glosando a Heródoto diremos que en su opinión el pensamiento universal, común a gobernantes y pueblo, hace de éste la máxima realización histórica (V, 3).

Dos términos ocurren en la designación de la sabiduría histórica en Heródoto: sabio (*σοφός*) y docto y erudito (*λόγιος*). Sin embargo, o son dos aspectos de la sabiduría o son sinónimos con un mínimo matiz de diferencia en su significado.

La sabiduría de Anacarsis es un ejemplo. Este escytha, enviado por su padre, el rey Saulio, para ser educado en Grecia, da testimonio de la completa o universal sabiduría (*πάσαν σοφίην*) a que estaban dedicados los griegos; y él mismo se hizo discípulo de Grecia (IV, 77). Por su sabiduría fue considerado uno de los siete sabios, al menos a partir del siglo IV a.C., según el testimonio de los fragmentos de Éforo.³ Acerca de su sabiduría Heródoto dice: “En cuanto a sabiduría, tampoco podemos proponer ni a un pueblo de los de dentro del Ponto, ni sabemos que haya habido un hombre docto, a excepción del pueblo escytha y de Anacarsis” (IV, 46). Sin investigar a fondo en qué consiste la sabiduría escytha, baste decir que Heródoto sólo refiere algunas peculiaridades de ese pueblo: eran inexpugnables y explotaban al máximo su condición de nómadas (IV, 46); para cocinar sus víctimas, les quitaban los huesos y los utilizaban como leña (IV, 61), y entre ellos había muchos adivinos (IV, 67). En cambio, nos interesa que Heródoto habla de la sabiduría escytha, pero que a Anacarsis no lo llama sabio, sino docto. ¿Cuál, pues, es el significado de este calificativo? Más adelante leemos en las *Historias*: “Anacarsis, cuando, habiendo contemplado un gran territorio y recibido a lo largo del mismo una gran sabiduría (*σοφίην πολλήν*), regresaba hacia las moradas de los escythas navegando a través del Helesponto, atraca en Cízico” (IV, 76). Así pues, Anacarsis es docto, porque alcanzó una gran sabiduría en su largo recorrido por los pueblos griegos, además de otros; de manera que parece fundamental en la sabiduría la información o conocimiento amplio de los pueblos (*γῆν πολλήν θεωρήσας*). Hay, por lo demás, una clara identidad entre el conocimiento del mundo y la sabiduría; y Anacarsis puede ser llamado docto o sabio con idéntico significado; o tal vez deba ser llamado docto sabio, porque con su gran conocimiento del mundo de los hombres, quiso modificar los acontecimientos de su pueblo hacia una historia menos nómada

³ Fr. 76, 78, 101; Müller, Ed. Didot.

y más verdadera, o conforme a la naturaleza del hombre como tal; pero su muerte fue el precio de su sabiduría (IV, 77).

Respecto a Solón, otro de los siete sabios griegos, maestros de la sabiduría del eschytha, dice Heródoto: "hasta Sardes, acrecentada en riqueza, llegaron desde Grecia todos los otros sabios (σοφισταί) que existían en aquel tiempo; cada uno de ellos venía oportunamente; y también Solón, varón ateniense, el cual, habiendo hecho leyes para los atenienses, que las exigían, viajó durante diez años con el pretexto de observación (κατὰ θεωρίας πρόφασιν)" (I, 29). Y habiendo llegado a Sardes, fue hospedado por Creso en el palacio; en su primer encuentro el lidió le habló así: "huésped ateniense, hasta nosotros llega una gran fama de tí, tanto por tu sabiduría, como por tu viaje (σοφίης ἔνεκεν καὶ πλάνης), ya que por observación (θεωρίας) has recorrido muchas tierras adquiriendo conocimientos (φιλοσοφέων)" (I, 30). Si a Anacarsis Heródoto lo considera docto en un pueblo sabio, a Solón lo llama sabio, pero su sabiduría es fruto de la vasta contemplación del hombre y de sus acontecimientos en el amplio mundo; en lo cual coinciden el docto y el sabio, como consta por lo dicho acerca de Anacarsis y por el contenido esencial del diálogo de Creso con Solón. Creso quiere oír de boca del sabio la afirmación de que él, con su poderío y riqueza, es el más dichoso en el mundo. Solón responde con la sabiduría gnómica: "Hay muchas cosas que uno no quiere ver y muchas que no quiere sufrir", "un día no presenta acontecimiento igual a otro día", "todo el hombre es una calamidad". Sin embargo, el sabio toma el planteamiento en forma más general: "¿me preguntas acerca de los acontecimientos humanos?" Y a esto responde con un principio: "terminar bien la existencia o la vida" (I, 32). Ahora bien ¿Solón es sabio, en opinión de Creso o de Heródoto? En cualquiera de los casos Heródoto acepta la supuesta noción de sabiduría y su aplicación a Solón; pues si el discurso es de Creso, en ningún momento lo corrige Heródoto; y si es de Heródoto, por recurso literario lo pone en boca de Creso. Si la sabiduría de Solón coincide con la de Anacarsis, porque tiene su origen en la contemplación de las cosas del mundo y en el profundo conocimiento del hombre y de sus acontecimientos, a diferencia de aquél, Solón sienta un principio de sabiduría histórica: "ver el final de todo acontecimiento" (I, 33).

Estas consideraciones difieren poco de lo que Jaeger dice al hablar del poema de Parménides: “El hombre sabio es la persona consagrada a la contemplación de los misterios de la verdad.”⁴ Y la diferencia es poca o aparente, porque la contemplación de la verdad hace al sabio, ya sea que éste la contemple en sus misterios o bien en sus expresiones concretas, en los acontecimientos de la verdad histórica. La verdad, incommovible en medio de las vicisitudes y de las circunstancias, es la de Solón. Jaeger dice: “Aparece Solón, el sabio, entre la opulencia impresionante del déspota asiático, sin que ni por un solo momento vacile su convicción de que el más simple de los campesinos áticos, en su casa de campo, ganando con el sudor de su frente el pan de cada día para sí y para sus hijos y que tras una larga vida consagrada al cumplimiento de sus deberes de padre y de ciudadano, en el umbral de la vejez, sabe morir dignamente en la defensa de la patria, es más feliz que todos los reyes de la tierra.”⁵ Así pues, Solón, de quien por primera vez se dice que *filosofa* (φιλοσοφῶν) (I, 30), alcanzó la sabiduría que contempla la verdad de la historia, y su pensamiento universal fue pronunciado “con inspiración divina” y valdero “para toda la humanidad” (I, 86), a decir de Heródoto en el testimonio de Creso. La de Solón parece ser una singular sabiduría histórica; sin embargo, los doctos o eruditos, como Anacarsis, tienen también una visión histórica de los acontecimientos. Igualmente los doctos (λόγιοι) de entre los persas, veían el origen de la conflagración universal entre Asia y Europa, en los antiguos raptos; aunque ellos mismos consideraban que “el raptar mujeres es obra de hombres injustos, y de insensatos el tomar empeño en vengarse de los raptos; de sensatos, en cambio, el no tener ninguna preocupación de raptos” (I, 4). Comoquiera que sea, Heródoto llama doctos a estos persas, porque dan una explicación de los acontecimientos del hombre en la prehistoria de la guerra grecopersa. De manera que, por lo dicho acerca de Anacarsis y por lo contenido en la erudita doctrina de los doctos persas, éstos son igualmente sabios que Solón.

Lo mismo puede decirse de los heliopolitas, que al parecer eran

⁴ *Op. cit.*, p. 175.

⁵ *Ibid.*, p. 147.

los más eruditos de los egipcios (Αἰγυπτίων λογιώτατοι) y que opinaban acerca de los acontecimientos humanos (ἀνθρωπήια πρήγματα), en algunos de los cuales los egipcios habían alcanzado mayor sabiduría (σοφώτερον) que los griegos, como en cuanto a la medición del tiempo en las doce partes del año (II, 3-4). Y Heródoto da crédito a estos testimonios acerca de Egipto (II, 12). “Pues bien”, dice Heródoto, “de los mismos egipcios, los que habitan por el Egipto sembrado, cultivando la memoria más que todos los hombres, son mucho muy eruditos (λογιώτατοι εἴσι μακρῶ), a cuya constatación llegué yo” (II, 77). Así pues, en el mundo de los hombres, según Heródoto, eran quienes más conservaban la memoria de las cosas y de los acontecimientos. La ciencia ancestral, la adivinación, la astrología, la medicina, las dietas, la salud, la secular historia, constituían el conocimiento histórico que poseían y que los capacitaba para disponer en los acontecimientos humanos. Los testimonios egipcios para Heródoto fueron tanto los sacerdotes como el pueblo (II, 142). Y ellos sabían estas cosas, unas por informaciones y otras por conocimiento propio (II, 119). De esta sabiduría egipcia mencionemos una vez más al sabio rey Amasis, sofista religiosamente helénico.

Por tanto, debemos reconocer que la más preciada sabiduría para Heródoto es la sabiduría histórica, manifestada por los doctos o eruditos concededores de los acontecimientos y de los asuntos humanos, acerca de los cuales opinan y juzgan; y a partir de esos juicios históricos Heródoto conforma su pensamiento histórico en lo que pudiéramos llamar su filosofía de la historia.

VII

Sea el ateniense Temístocles el escolio y paradigma final; pues, no obstante la envidia de los demás estrategas griegos, cada uno de los cuales votaba por sí mismo para designar al más digno en la guerra contra los persas y señalaba segundo a Temístocles; no obstante esa envidia, “Temístocles fue aclamado y también fue juzgado ser el hombre, con mucho, *el más sabio de todos los griegos en toda Grecia*” (VIII, 124). Parece que Heródoto también sintió admiración por el general lacedemonio Leonidas, cuya ge-

nealogía paterna describe en el libro VII, c. 204; sin embargo, no oculta ni corrige el pensar del pueblo griego acerca de Temístocles. ¿Y qué hizo Temístocles para demostrar tal grandeza? Primero un soborno económico para dar la batalla en Artemisio (VIII, 4-5); y luego una invitación a los jonios, mediante inscripciones en las rocas, para que desertaran de Jerjes o para que éste los retirara de la armada naval (VIII, 22). Pero su máxima realización fue la batalla de Salamina, sugerida por Mnesifilo, un hombre ateniense (VIII, 57). Sabiamente hizo suya la sugerencia y convenció a los demás estrategas, convencido él mismo de que estaba en juego la salvación de Grecia y, aunque era llamado apátrida porque había caído Atenas, comprendía que tenían una ciudad y un territorio más grandioso mientras ellos estuvieran en las naves (VIII, 58-64). Y habiendo parecido sabio, pareció verdaderamente sabio (*ἀληθέως σοφός*) y de buen consejo, no obstante los intereses personales, cuando aconsejó a los griegos quedarse pacíficamente en Grecia a cuidar de sí mismos, de la familia y de la simiente, una vez que habían arrojado fuera al bárbaro; por lo cual todos estaban totalmente dispuestos a hacerle caso cuando hablara (VIII, 109-110). Sabio consejo para la historia de un pueblo, del cual es eco el elogio que Jaeger hace de Solón y que podríamos repetir para Temístocles. Así pues, en Temístocles se comprueba desde la argucia en la guerra hasta la comprensión de los acontecimientos y la decisión en el obrar histórico fundada en verdades claras y en profundas convicciones.

Por tanto, la sabiduría en las *Historias* es la sabiduría que entiende y decide los acontecimientos históricos y el curso de la historia, es la sabiduría histórica.

